

LIBRERÍA CENTRAL LIBRERA - C/ Dolorosa, 2. 15402 Ferrol (A Coruña)

Teléfono/fax 981352719 - centrallibrera@telefonica.net - <http://www.centrallibrera.com>

<http://www.leergratis.net> - <http://www.deferrol.com>

Queso fresco con membrillo

MISTER VIRUTAS

En la taberna oscura, los clientes habituales juegan a las cartas y cantan habaneras entre picadura y clarete. Los orondos barriles semejan hipopótamos del Serengueti. La luz es tenue: veinticinco vatios...

«Las cuarenta», prorrumpe un jugador de naipes, después de hacer un doble mortal y cortar el aire con el as de espadas al mostrarlo en el ajado tapete verde, mientras golpea con sus nudillos que resuenan en la fría mesa de mármol, llena de anotaciones a lápiz: reseñas históricas de innumerables batallas pretéritas de tute y de dominó.

Detrás de una barrica emerge el busto alfileño del viejo «Mazico», que parece dormitar y no prestar atención a la animada charla que sostienen a su alrededor otros caballeros del tonel redondo. La conversación gira en torno a un nuevo aparato que acaba de llegar al barrio: «La televisión es un gran invento, no cabe duda de que es el futuro...», decía desde un chaleco gris e insignia en la solapa la voz suave y pausada de un seguidor del progreso. «Futuro imperfecto el nuestro como sigamos así; no hay televisión ni pamplinas que nos ayuden a mejorar», apuntaba otro frunciendo el entrecejo y los labios, negando con la cabeza (nos atrevemos a decir con cierto aire pesi-mista) y fijando la vista en un punto indeterminado del suelo húmedo. «No, señor, no. La ciencia nos hará avanzar a todos, es un hecho inevitable; y aunque las circunstancias no sean las mejores, no podrán detener su avance imparabile, es algo que no tiene marcha atrás...», volvió a argüir el progresista con decisión y optimismo tan desbordados que no daban lugar al menor atisbo de duda por su parte. Pero su fe y entusiasmo no eran compartidos por casi nadie... «Mucha ciencia y progreso necesitaríamos nosotros para ponernos medianamente bien, ya que hace un montón de años que vamos hacia atrás como los cangrejos...» terció el de las cuarenta sin dejar de prestar atención a la partida. «¡Eh!, que triunfa en bastos», añadió, volviendo al juego. «Ahí le has dado, Luciano», dijo una

voz. Aquí, el narrador perdió un poco el hilo de la historia (y eso que acaba de empezar...) puesto que nunca supo si la diana fue en la conversación o en el lance de los naipes... Sí supo, sin embargo, que el amante de la ciencia iba a decir que estaba por ver si los cangrejos iban hacia atrás, cuando alguien pidió otra ronda. «Enrique, llena los vasos y apunta lo que se debe». En esto, el viejo «Mazico», saliendo de su aparente modorra, dice: «Pues yo prefiero la radio» (expresión acogida con risas), y elevando la mano que sostiene un enorme vaso de «duralex» repleto de vino clarete (que él denominaba «cañonazo»), añadiendo «¡Martín Pirulicio!» (su exclamación preferida), cierra los ojos con expresión reconcentrada y placentera, e inicia en tono suave, meneando la cabeza redonda y pelada llevando el compás, la primera estrofa de una canción popular:

Hermosa ferrolanita,
que sueñas con tus amores,
tú hiciste frente a las flores
de mi frondoso vergel...

Todos a una, en apasionado ademán, corean, enervados, la canción... «Piano», sugiere el viejo, mientras oscila las manos en el aire cargado de humo, sin soltar el vaso de vino, que con los vaivenes salpica a los circunstantes, los cuales, eufóricos, no reparan en ello. Se oye el rasgueo de una guitarra, y con el canto los corazones se llenan de emoción y melancolía, brotando en los ojos el velo triste de unas lágrimas nítidas de cristal y nostalgia. Un gato negro llamado «Lenin» en confianza, y «Moro» cuando había extraños, maúlla dos veces con faz de asombro y se acurruca gatunamente entre los bocoyes oscuros de la tasca antigua.

Las voces se apagan por los rincones del miserable barrio, cuadro de Dickens en la ciudad ilustrada. La oscuridad es casi total en las calles; solamente el resplandor mortecino de algunas bombillas públicas que han escapado a las pedradas de la chavalería ofrecen señal de referencia para navegar en el mar de travesías y entresijo de callejuelas.

Sobre las doce de la noche, apoyándose unos en otros, entre risas, amago de canciones y siseos de los más prudentes que ponen sus índices en los labios, el ejército de beodos se retira; alguno, envalento-

nado por los efectos del alcohol, grita: «Viva la república», alzando el puño con rostro crispado. «Calla, Paco. ¿Quieres pasar la noche en chirona?», «Tú, con tal de no dormir con tu mujer haces cualquier cosa». El viejo «Mazico», medio ciego por los muchos años trabajando con poca luz en su oficio de ebanista, se deja llevar, profiriendo tacos a cada tropezón dado en los guijarros medio enterrados de las calles sin asfaltar. Hace frío en esta noche espectral de sombras chinescas. Sin avisar, se descorren las nubes del teatro del cielo; detrás de un tejado se atisba la luna menguante que irradia por unos instantes su claridad lechosa, que suspende toda risa y canción con su presencia gélida, y después de un suspiro eterno desaparece de nuevo tras un nimbo con forma de dromedario. Juega al escondite, cuenta hasta cien. En el reloj de la plaza de España, no muy lejos de allí, suenan doce campanadas que retumban en el silencio nocturno: es un reloj singular; su sonido es metálico como el caer de una moneda gigante del país de Brobdingnag, aquél que visitara Gulliver... El escritor queda en suspenso para captar en una onomatopeya la originalidad sonora, pero desiste: es un reloj extranjero; claro, que supo más adelante que el sonido metálico era debido a que el reloj fue colocado bajo los auspicios de una caja de ahorros...

«¡Dejadme ya, Toñito!, ¿pensáis, acaso, que no sé entrar en mi casa?... ¡Martín Pirulicio! Ordeno, mando y hago saber que os vayáis con viento fresco». Las siluetas se van. «Allá usted, maestro». El viejo huno entra con sigilo insospechado, se trastabilla con el triciclo de su nieto, que al instante le trae recuerdos penosos y cercanos, ahoga una blasfemia y farfulla algo entre dientes. Calla, trata de orientarse llevando las manos por delante con el fin de tantear posibles obstáculos, pero, inopinadamente, se lía con la cortina que separa el salón de su dormitorio, tropezando con la alfombra y cayendo de bruces en la cama. Consigue acostarse medio vestido, gime: «¡Ay Papáño do ceo!», e intenta dormirse tarareando el brindis de la zarzuela «Marina», aquél que dice:

¡A beber, a beber y a apurar,
las copas del licor,
que el vino hará olvidar,
las penas del amor!...

«Mazico» era el mote de este viejo cascarrabias, sobrenombre con un dedal de misterio, a todas luces relacionado con su profesión, pero de procedencia un tanto incierta (un gallego castellanizado). No se sabía, en realidad, si se lo había puesto él mismo o alguien se lo adjudicó en un momento dado. Él conocía su verdadero origen, pero se trataba de un enigma que no quería desvelar. Cuentan que en una ocasión, después de haber bebido mucho, casi lo hace; sin embargo, en el punto álgido de la historia se quedó dormido como un lirón, suceso éste muy extraño, ya que era conocido que no tenía el sueño fácil, lo que hizo suponer a los presentes que se trató de una estratagema para salir airoso de la explicación. Otros muchos aseguraban que era un invento de su propia cosecha para darse importancia y que bautizándose él mismo evitaba que los demás le asignasen un mote que no fuera de su agrado. Los apodos eran moneda corriente, circulando de boca en boca, y cada habitante del barrio, por aquel entonces, tenía uno como mínimo; los había que eran llamados de tantas maneras que resultaba imposible seguirles el rastro, siendo más fácil descubrir las fuentes del Nilo que averiguar de qué persona se trataba. Nadie escapaba a la sutileza de sus convecinos; perspicacia que, a menudo, resultaba burlesca e incluso cruel y, a veces, las menos, refinada e ingeniosa invención. Por ejemplo, y son muestras muy discretas, a un vecino muy gordo podían llamarlo «Palitroque» o «Alambrillo», a alguien con la nariz de borracho, «Pimiento rojo»; a una mujer demasiado protectora de su prole, «La parrula», etc... Otros carecían de paralelismo y se desconocía su causa. Omitimos aquí dar ejemplos porque desconocemos si todavía viven los posibles mencionados. Todo se consideraba susceptible de ser despuntado: lo físico, lo moral, lo anecdótico, lo habitual... Libros hay que recogen la nómina de los más renombrados personajes del barrio y de la ciudad con sus respectivos remoquetes. En el caso que nos ocupa, hay que señalar que «Mazico» desconocía que en su barrio y a sus espaldas le llamaban de otra manera: «Mister Virutas»...

Frisaba el mencionado la edad de sesenta años, pero por arriba, puesto que tenía sesenta y uno según afirmaba él, aunque echando cuentas entre el año en que había nacido, que no fue otro que el del

Desastre de Cuba y la época en que se desarrolla esta historia, habría que poner en su saco alguno más, pero poco importa, y ni mengua ni añade un ápice a la verosimilitud milimétrica de esta verdadera historia. Poseía un rostro circular casi mondo y lirondo, y como la tierra, un tanto achatado por los polos; su piel era tersa y saludablemente colorada, y no por su afición al vino clarete (en su honor, diremos que era la única bebida que él consideraba sana, siguiendo, acaso en exceso, el consejo bíblico de que un poco de vino alegra el corazón y facilita la digestión. Las bebidas blancas las reputaba como nitroglicerina y tenía que estar muy desesperado para tomarse una copa de alguna de ellas). En conclusión, su cara se parecía al carmín de una manzana roja. Frugal y sobrio en la comida, abundante y ebrio en la bebida (sólo el clarete señalado) y aficionado a la cocina, le encantaban las huevas de pescado y los huevos cocidos a la vinagreta, y de vez en cuando hacía perolas de caldo, invitando a los pobres de su entorno. Tocado casi siempre por una boina negra con acento, la cual encajaba tan bien en su cabeza que si se tirase del rabito que la coronaba, habría muchas posibilidades de que se la arrastrara y se la desprendiese del resto del cuerpo. Usaba bastón negro azabache con asa de aluminio, más batuta de director de orquesta que báculo de patriarca antiguo.

Inclinado por vocación a la ebanistería, estaba dotado de verdadero talento como artífice de la madera y gozaba de no poca reputación en su profesión. En la Marina ejerció su trabajo como «maestro de arsenales», en la rama de la Maestranza, y los muebles que hacía eran disputados por los mandos militares. Eso sí, trabajaba sin prisas y nunca ponía día de entrega, ya que consideraba que el arte, incluso el artesano, estaba por encima del tiempo; a lo que la gente transigía, porque la espera, en verdad, valía la pena. Aficionado a las letras, sobre todo al teatro, leyó con asiduidad e incluso en un período de su vida se dedicó a la elevada tarea de la poesía, escribiendo poemas románticos y desatinados en la misma proporción, que pasmarían al mismísimo Espronceda, si éste volviera solamente de su retiro eterno para leerlos. Casóse, tuvo hijos e hijas, y hacía poco tiempo que había enviudado. Ya trabajaba poco y leía menos porque la vista estaba muy

cansada y unas cataratas lo llevaban a una ceguera irreversible, hecho éste que afrontaba de muy mala manera y que avinagraba su carácter, ya de por sí bastante acre. No obstante, cuando estaba de buen humor, lo cual se producía con cierta frecuencia, unas doce veces por año, una por mes, su vitalidad contagiaba, su chispa encendía el ambiente, sus palabras parecían fuegos artificiales, sus imágenes guirnaldas de colores, centrando la atención de las mentes más dispersas y de las almas más diseminadas...

Su memoria prodigiosa le permitía recordar pasajes enteros del «Don Juan Tenorio» y de «Luces de bohemia», entre otras obras. En su juventud había visto, según él, una representación de «La dama de las camelias» por una actriz, de la cual no recordaba su nombre, pero que superaba con creces a la mismísima Sarah Bernhardt o a la reputadísima Greta Garbo. Recordándolo, decía siempre: «¡Qué bien se moría esa actriz!, daba la impresión de que estábamos asistiendo a su verdadero final, y los presentes permanecíamos inmóviles y en silencio recogido y compungido como si estuviésemos en el velatorio de un ángel; luego reaccionábamos y la aclamábamos en triunfo». En su ciudad le prohibieron la entrada en el teatro «Jofre» durante seis meses porque en una escena de una obra menor insultó a un actor llamándole «torrija», «percebe», «puerco espín», y otros muchos epítetos que él reputaba como definiciones y no como insultos, y que el decoro y el buen lenguaje instan a no mencionarlos, pero que damos aquí por expresados y que son botón y muestra de la amplitud de su tolerancia, de la hondura de su magnanimidad y del horizonte de su paciencia.

Su hacienda consistía en siete gallinas ponedoras, bautizadas con nombres de reinas o reyes en femenino, un gallo quiquiriquero que atendía al nombre de «Fausto», doce pollitos piadores, unos cuantos muebles de madera de castaño que él mismo había compuesto, entre los que se encontraba una cama inmensa como la estepa rusa, dos aparadores de puertas talladas con las efigies perfiladas de soldados romanos, que hacían juego con una mesa de pies robustos, como de elefante, adornados con palmeras en la parte superior; dos radios, un televisor (bueno, había pagado unas cuantas letras) y doscientos libros mal

encuadernados en rústicas ediciones, algunos de los cuales pasaban frío por carecer de tapas, ni duras ni blandas, es decir, que estaban a la intemperie. Además, añádase una pensión de la marina algo escasa, y el dinero que sacaba haciendo muebles para la vecindad. Si las cosas se ponían muy cuesta arriba (sobre todo cuando iba de «novenas», sus borracheras solían durar nueve días), empeñaba sus herramientas, tesoros arqueológicos de la ebanistería y, consecuentemente, dejaba de trabajar, hecho que llamaba la atención, y entonces uno de sus hijos o yernos o amigos se las desempeñaba, exigiéndole el recibo del Monte de Piedad o de algún usurero de la zona, que él entregaba a regañadientes.

Vivía con una hija y el marido de ésta, ambos a la sazón de viaje, y el hijo de éstos, es decir, su nieto, gracias a quien es posible esta verdadera historia, puesto que él me ha contado muchos de estos episodios, me ha dejado leer notas de su abuelo, mostrado fotografías, corregido datos, encauzándome cuando me desviaba, y todos estos mimbres y otros conforman este cesto que pretende ser literario. Sin embargo, aunque este libro se comenzó a escribir hace muchos años, sólo ahora determiné acabarlo al encontrar una vieja carpeta repleta de estos recuerdos. Hallé que llevaba escritos varios capítulos, supervisados por el nieto de «Mazico», pero vicisitudes de la existencia obligaron a detener su redacción. Hace tiempo que perdí el rastro del mismo, pero creo que es de ley dar fin a este libro...

Todavía de madrugada, incapaz de conciliar el sueño y sabedor que tenía que despertar a su nieto para ir al colegio, como bien se lo había dejado encargado su hija, el viejo «Mazico» reparó en que no se había sacado la dentadura postiza y que la notaba como clavada en las encías. Acostado, intentaba con la lengua desencajarla, pero después de varias tentativas seguía en su misma posición. Se incorporó, y esta vez tiró al unísono con manos y lengua una y otra vez, pero el artificio, lejos de moverse, parecía más encasquillado pese a los denodados esfuerzos del ebanista. «¡Dentadura de mil demonios! ¡Diantre con el pegamento!», exclamaba entre sí. Si hubiese encendido la luz o el día brotase ya, podríamos ver cómo paulatinamente iba enrojeciendo de rabia. Al fin dijo con voz audible: «¡Cuando más la necesito se me cae, y ahora que no

me hace falta, se me pega como una lapal», dando muestras de una ligerísima desesperación. Como todo lo intentado hasta ese momento había sido en vano, comenzó a estrujar sus sesos para hallar solución al entuerto bucal. En condiciones normales, más vale un diente que un diamante, un incisivo o un molar que una colección de monedas antiguas, pero en esta situación estamos seguros que el buen hombre daría un diamante y cincuenta doblones de oro, si los tuviese, a trueque de que le quitasen la dentadura, entera o por partes.

Al cabo de unos minutos, que le parecieron siglos, notando que la postiza dentición estaba tan bien encajada que nunca había estado así, después de tantas limaduras que el mecánico dentista hiciera, diseñando puentes por aquí, *eiffelles* por allá, que más parecía ingeniero de caminos que protésico dental, se le ocurrió la feliz idea de beber un poco de aceite para lubricar la cavidad y facilitar el rozamiento interior con el fin de liberar las herraduras dentales de sus montículos. Sin pensárselo dos veces, lo cual indica su carácter decidido y determinado, después de encender la luz y haciendo el menor ruido posible para no despertar a su nieto, se encaminó de la habitación al pasillo y del pasillo a la cocina, y una vez allí, buscó la lata de aceite de cinco litros como si fuese un valiosísimo tesoro de ultramar. Encontró el recipiente, y asiéndolo, lo elevó a los labios, y dio trago tan grande que mitad del contenido de la vasija le quedó en la boca, pero como dicen que los males no vienen solos sino en legión, de repente le entró la tos, que en un principio intentó ahogar, pero en un final era la tos quien lo ahogaba a él y no tuvo más remedio que abrir el orificio de la boca y dejar salir por allí el aceite, que salió en cascada, fregadero abajo. De todas maneras consideró que la cavidad debía de estar lo suficientemente lubricada y que sería factible desencajar lo que tan bien encajado estaba. Lejos de eso, todo seguía igual. Sin desanimarse, aunque echando pestes, volvió a beber, notando que estaba pringado por el cuello y el pecho, y las ropas empapadas. Teniendo el líquido de nuevo en la boca, empezó a mover los mofletes en todas las direcciones conocidas de los puntos cardinales, sin faltar el sudoeste, llevando la lengua por todos los intersticios, con el afán de hacer resbaladizo el punto de fricción y vencer la resistencia. Por último,

decidió hacer gárgaras como un volcán. En una de éstas, por el desfiladero de su garganta y sin su consentimiento, parte del oleoso jugo se coló, arrastrando motas de pegamento, camino del estómago. Una arcada contrajo su cuerpo; su estómago se convirtió en hormigonera, en donde el vino de la noche anterior, el aceite y la cola hicieron tan malas migas que el bálsamo de Fierabrás fuese néctar divino en comparación. Al fin, no sólo salió la dentadura, sino también la cena, la bilis, y parte de las entrañas, y aún saliese el espíritu sino fuera porque a trancas y barrancas llegó hasta el lecho y allí, emitiendo ayes, quedóse dormido en el sueño de los justos, o de los injustos, que aquí viene más al caso.

El crío no pudo dejar de oír los lamentos de su abuelo además de otros ruidos, porque aunque tuviese el sueño muy pesado, que no era el caso, su habitación hacia frontera con la cocina, sin tabique, puerta o cortina que las separase. La casa en su interior, no tenía puertas, ya que las estancias estaban divididas, al estilo italiano, por grandes marcos de madera. Se levantó, descalzo y tiritando, vio la cocina con huellas de aceite por todas partes, y se dirigió a la habitación del abuelo; una vez allí le preguntó si se encontraba bien. Por respuesta oyó un ¡ay! tan lastimero que haría quebrar al corazón más pétreo del mundo, pero sabedor de las andanzas del abuelo, le dijo: «¿Quieres que te prepare un poco de manzanilla?». «¡Martín Pirulicio! Lo que quiero es dormir, ¡acuéstate! y pon el despertador para ir a la escuela. ¡Ay Papaíño do ceol!»...



Manuel José Díaz Vázquez nació en Ferrol en 1960. Estudió Filosofía mientras desarrollaba su faceta literaria. *Queso fresco con membrillo* es su primera novela publicada.

LIBRERÍA CENTRAL LIBRERA
C/ Dolorosa, 2. 15402 Ferrol (A Coruña)

Teléfono/fax 981352719

centrallibrera@telefonica.net

<http://www.centrallibrera.com>

<http://www.leergratis.net>

<http://www.deferrol.com>